

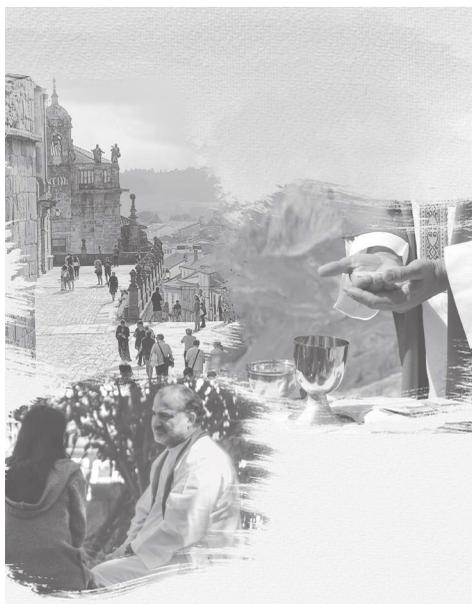
Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino

Día del Seminario

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María Domingo III de Cuaresma

19/20 de marzo de 2022



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Reunidos en el nombre del Señor (CLN, A 9) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Cf. Lc 12, 42):

Este es el administrador fiel y prudente a quien el Señor puso al frente de su servidumbre.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Señor, que dirige nuestros corazones
para que amemos a Dios,
esté con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

En medio de la Cuaresma celebramos hoy la solemnidad de San José, esposo de la Virgen María.

Somos conscientes de ser un pueblo que camina en medio de un mundo marcado por el sufrimiento y la fragilidad. Sin embargo, como Iglesia, estamos llamados a testimoniar el amor de Dios, que es la raíz de toda esperanza.

El amor se alimenta en la relación, en el encuentro. Todos y cada uno necesitamos de la oración y de los sacramentos para vivir ese encuentro radical con el Señor que lo hace todo nuevo, y así poder salir al encuentro del hermano, al modo y manera de Jesús.

En esta Iglesia siempre en camino, necesitamos servidores de la mesa, dispuestos a lavar los pies y a ser ungidos para hacer presente a Cristo siervo y pastor. Todos y cada uno estamos llamados a vivir nuestra vocación con fidelidad y pasión.

Hoy, al celebrar el día del seminario, pongamos en valor la vocación recibida y agradezcamos las que descubrimos en los demás.

Contemplando la disponibilidad de san José al plan de Dios, pidámosle especialmente por todos aquellos que están formándose en nuestros seminarios, para que se dispongan a servir un día desde el ministerio sacerdotal al pueblo de Dios que está en camino. Y pidamos su intercesión para que, como él, muchos se dispongan a responder a la llamada de Dios.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramamos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que nos has hecho renacer por el agua y el Espíritu: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que enviaste al Espíritu Santo para crear en nosotros un corazón nuevo: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que eres el autor de la salvación eterna: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**CONCÉDENOS, Dios todopoderoso,
que tu Iglesia conserve siempre y lleve a su plenitud
los primeros misterios de la salvación humana
que confiaste a la fiel custodia de san José.**

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

NOTAS PARA LA HOMILÍA

Sacerdotes servidores en salida, como José

2 *Sam* 7, 4-5a. 12-14a. 16

Sal 88, 2-3. 4-5. 27 y 29 (R.: 37a)

Rom 4, 13. 16-18. 22

Mt. 1, 16. 18-21. 24a

Al servicio del prójimo como san José

La solemnidad de san José nos invita a contemplar los primeros misterios de la salvación humana (oración colecta) y descubrir la necesaria colaboración humana en ese proyecto divino.

José es calificado por el evangelista Mateo como «hombre justo» (*Mt* 1, 19). No se trata solo de considerar a José como una persona que cumple la ley, como de hecho así lo era. La justicia de José consiste más bien en querer ajustar su vida a la voluntad de Dios. Eso implica un deseo de conocer esa voluntad y para ello está abierto a la comunicación de Dios, incluso en sueños.

La voluntad de Dios siempre pasa por el servicio al prójimo. José pasa por momentos de dificultad, de falta de comprensión. No entiende lo que ha sucedido con María, pero no quiere que ella cargue con la culpa y la deshonra. Es un tiempo de discernimiento, lleno de angustia. No sabe lo que Dios le está pidiendo. Todo era maravilloso, todo parecía perfecto. Y de repente, todo se tuerce y se complica.

Su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación

sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa» (Pablo VI, Homilía, 19 de marzo de 1966).

Esta entrega de José es un modelo para la vida de cada sacerdote y también de los seminaristas y aquellos que están en proceso de discernimiento. Se trata de poner por delante el plan de Dios y su voluntad frente a los deseos o proyectos humanos que son legítimos en nuestras vidas, pero que no responden a esa llamada que Dios nos hace para colaborar actualizando su presencia salvífica en medio de nuestro mundo.

En comunidad como la familia de Nazaret

La vocación de José pasa por ponerse al frente de la familia de Nazaret y proteger tanto a María su esposa como a Jesús. Al aceptar la voluntad de Dios, en la Anunciación y en las palabras del ángel que habla en sueños a José, la fe de María se encuentra con la fe de José (*Redemptoris custos*, n. 4). El hogar de Nazaret se va a convertir en una comunidad donde brilla la confianza en Dios que cada uno de ellos ha manifestado. «En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. *Jn 4, 34*)» (*Patris corde*, n. 3). En ese ambiente crecerá Jesús y en un ambiente semejante es donde pueden surgir y crecer las vocaciones al sacerdocio. Hemos de construir comunidades cristianas donde la confianza en Dios y la búsqueda de su voluntad presidan todas nuestras actividades pastorales y celebraciones.

La comunidad es el lugar donde pueden aparecer las vocaciones, donde se descubre la necesidad del servicio, donde se escucha la Palabra de Dios y se aplica a la propia vida. Por eso también es en comunidad donde deben formarse los futuros sacerdotes. El seminario está llamado a ser también un hogar como Nazaret, donde cada uno de los llamados se prepare y configure para la misión que la Iglesia le confiará, un ámbito donde se crezca en

la intimidad con el Señor, en el diálogo sincero y abierto, en el trabajo cotidiano tanto del estudio como de las tareas de la casa.

Es también en comunidad donde se aprende el lenguaje de la obediencia y se dispone el corazón para vivirla como camino de entrega concreta. La vocación al ministerio sacerdotal se concretará en el ejercicio del ministerio en una comunidad de fe concreta, que normalmente será una parroquia. El sacerdote podrá reproducir los rasgos del hogar de Nazaret en esa comunidad si antes los ha vivido él mismo en su experiencia de fe y en su proceso de formación. Hemos de huir de toda tentación de vivir la fe y el ministerio de manera aislada y movidos por nuestros propios deseos. La mejor manera de hacerlo es viviendo de manera agradecida la comunidad en la que compartimos, celebramos y comunicamos la fe.

En camino al estilo de san José

La vida del santo patriarca también está marcada por la salida. Primero tiene que ir a Belén con motivo del censo y, en ese momento, se produce el nacimiento de Jesús. Después es el ángel el que le va indicando el camino. La amenaza de Herodes hace que tenga que huir con María y el niño a Egipto. «Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo: “Levántate, coge al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño”» (*Mt 2, 19-20*). Cuando cesa el peligro, el ángel vuelve a avisar a José para que retorne a su tierra. Pero no parece aún suficientemente seguro el entorno de Jerusalén. «Al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes tuvo miedo de ir allá. Y avisado en sueños se retiró a Galilea y se estableció en una ciudad llamada Nazaret» (*Mt 2, 22-23*). José es un peregrino que camina buscando realizar la misión que Dios le ha encomendado, ser el custodio de Jesús y de María, su madre. Para ello se deja guiar por la voz del ángel, que ya lo había sacado de la duda en el momento de la tribulación al conocer el embarazo de María.

Siguiendo el ejemplo de José, también la Iglesia tiene que salir, no puede quedarse encerrada en su falsa seguridad. Y salir significa cambiar lo que sea necesario. Hemos de entrar en esa dinámica de conversión pastoral que ponga a toda la Iglesia en estado de misión, de salida, como nos pide el papa Francisco. Esto también se tiene que reflejar en la formación de los futuros sacerdotes y tener presente en los criterios de discernimiento de las actuales vocaciones.

«*El varón justo*, que llevaba consigo todo el patrimonio de la antigua Alianza, ha sido también *introducido en el “comienzo” de la nueva y eterna Alianza en Jesucristo*. Que él nos indique el camino de esta Alianza salvífica» (*Redemptoris custos*, n. 32).

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Elevemos nuestras peticiones a Dios nuestro Padre, siguiendo el mandato de Jesús de pedir al dueño de la mies que envíe operarios a su mies.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia universal, para que viviendo el gozo del Evangelio pueda suscitar el seguimiento radical de Cristo. Roguemos al Señor. .
2. Por los gobernantes, responsables de la institución familiar y de la convivencia de todos los ciudadanos. Roguemos al Señor.
3. Por todos los hogares del mundo, en especial por los hogares cristianos y por los padres de familia que han de ser ejemplo de fe y santidad para sus hijos. Roguemos al Señor.
4. Por todas las comunidades cristianas, para que en ellas se pueda vivir y agradecer la vocación recibida de cada uno de sus miembros para el bien común. Roguemos al Señor.
5. Por los sacerdotes, para que se sientan cuidados y acompañados por todo el pueblo de Dios al que sirven, estimulando así la fidelidad a la vocación recibida. Roguemos al Señor.
6. Por todos los sacerdotes que han sido mediación en nuestra vida de fe para recibir la gracia por medio de la predicación, los sacramentos y la caridad pastoral, y por los que hoy nos acompañan en el día a día en el quehacer de nuestras parroquias y comunidades, para que el Señor les llene el corazón de gozo y de paz. Roguemos al Señor.

7. Por todos los seminaristas y sus formadores, para que dispongan el corazón para dejarse formar según el corazón de Cristo. Roguemos al Señor.

8. Por todos los sacerdotes difuntos, especialmente los que han servido a esta parroquia. Para que el Señor les dé la plenitud de la vida que han predicado y esperado. Roguemos al Señor.

9. Por nosotros, llamados a vivir en la oscuridad y a la luz de la fe, que contemplamos el ejemplo luminoso de san José, cuya vida estuvo escondida con Cristo en Dios. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

TÚ, Señor,
**que sabes de la necesidad que tenemos de los sacerdotes,
no dejes de hacer sentir tu voz en el corazón de los jóvenes
para que busquen tu voluntad, y la vivan gozosos.**

Junta las manos.

Por Jesucristo nuestro Señor.

R̄. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Como brotes de olivo (CLN, 528) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DEFIENDE, Señor,
con tu protección continua a tu familia,
alegre por la solemnidad de san José,
y, al saciarla con el alimento de este altar,
conserva con bondad tus dones en ella.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, gloria y felicidad de los santos,
que os ha concedido celebrar hoy esta solemnidad de san José,
os otorgue sus bendiciones eternas.**

Rx. Amén.

**Que por intercesión de san José
os veáis libres de todo mal,
y, alentados por el ejemplo de su vida,
perseveréis constantes en el servicio de Dios y de los hermanos.**

Rx. Amén.

**Y que Dios os conceda reuniros con los santos
en la felicidad del reino,
donde la Iglesia contempla con gozo a sus hijos
entre los moradores de la Jerusalén celeste.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**La alegría del Señor sea nuestra fuerza.
Podéis ir en paz.**

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

Domingo III de Cuaresma

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Me invocaré (CLN, A 12) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sal 24 15-16, o bien: Cf. Ez 36, 23-26):

Tengo los ojos puestos en el Señor, porque él saca mis pies de la red. Mírame, oh Dios, y ten piedad de mí, que estoy solo y afligido.

O bien:

Cuando, por medio de vosotros, haga ver mi santidad, os reuniré de todos los países; derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará de todas vuestras inmundicias, y os daré un espíritu nuevo, dice el Señor.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia y el amor de Jesucristo,
que nos llama a la conversión,
estén con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Somos un pueblo que camina, en medio de un mundo marcado por el sufrimiento y la fragilidad. Y como Iglesia estamos llamados a testimoniar el amor de Dios, que es la raíz de toda esperanza.

El amor se alimenta en la relación, en el encuentro. Todos y cada uno necesitamos de la oración y de los sacramentos para vivir ese encuentro radical con el Señor que lo hace todo nuevo, y así poder salir al encuentro del hermano, al modo y manera de Jesús.

En esta Iglesia siempre en camino, necesitamos servidores de la mesa, dispuestos a lavar los pies y a ser ungidos para hacer presente a Cristo siervo y pastor. Todos y cada uno estamos llamados a vivir nuestra vocación con fidelidad y pasión.

En este día del seminario, en medio del itinerario cuaresmal, agradezcamos, recemos y acompañemos a los que están en nuestros seminarios. Hay que cuidar, cavar y abonar en nuestras comunidades para suscitar nuevas vocaciones al sacerdocio, sin dejar de pedir las confiadas e insistentemente al dueño de la mies.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que has puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que padeciste por nosotros para que sigamos tus huellas: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que, cargado con nuestros pecados, subiste al leño para que nosotros, muertos al pecado, vivamos en la justicia: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios, autor de toda misericordia y bondad,
que aceptas el ayuno, la oración y la limosna
como remedio de nuestros pecados,
mira con amor el reconocimiento de nuestra pequeñez
y levanta con tu misericordia
a los que nos sentimos abatidos por nuestra conciencia.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

NOTAS PARA LA HOMILÍA

Sacerdotes, llamados como Moisés, al servicio del pueblo en camino

Éx 3, 1-8a. 13-15

Sal 102, 1b-2. 3-4. 6-7. 8 y 11 (R.: 8a)

1 Cor 10, 1-6. 10-12

Lc 13, 1-9

Los sacerdotes, llamados como Moisés

La Palabra de Dios, en este domingo III del tiempo de Cuaresma, nos presenta la figura de Moisés como ejemplo de vocación y de servicio al pueblo, conduciéndolo por el desierto. También nos invita a la conversión, contando con la paciencia de Dios, que nos da una nueva oportunidad para producir los frutos que le agradan.

La primera lectura nos presenta a Moisés que, después de haber huido de Egipto, se pone al servicio de su suegro Jetró y se convierte en pastor. Mientras está apacentando al rebaño tiene una experiencia extraordinaria. El Señor se acerca a nuestras vidas en medio de nuestra actividad ordinaria. Moisés descubre una zarza que arde sin consumirse. Es signo de la permanencia y la eternidad de Dios. Dios es un fuego ardiente, que no se consume. Es una invitación a buscar a Dios en las realidades permanentes, duraderas de nuestra vida, a escuchar allí su palabra.

Es un encuentro personal, Dios lo llama por su propio nombre «Moisés, Moisés», al igual que se presenta como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. El Señor pide a Moisés que se descalce, está pisando un terreno sagrado. La presencia de Dios nos llama a despojarnos de nuestras seguridades, a escucharle con total disponibilidad.

Dios invita a Moisés a ver la realidad con su propia mirada. El Señor ha visto la opresión en la que vive el pueblo y quiere liberarlo, pero no lo puede hacer sin la colaboración humana. No lo pide

explícitamente, pero Moisés entiende que es él quien debe actuar. Es Dios quien nos mueve a intervenir para que se realice su voluntad y el que actúa en nosotros.

Pero Moisés necesita conocer el nombre de Dios, para que el pueblo sepa que es su Dios, el Dios verdadero, el que lo envía. Dios revela su nombre: Yo soy. Es un nombre misterioso, que nos habla de un Dios que no es conocible, pero que provoca confianza. Yo soy el que soy significa yo soy el que está y estará con vosotros.

Al servicio de la Iglesia, pueblo de Dios en camino

Moisés responde a la misión del Señor y saca al pueblo de la esclavitud de Egipto. A partir de ese momento comienza la dura aventura de la libertad. El destino es la tierra prometida, una tierra que mana leche y miel. Pero para llegar tienen que atravesar el duro desierto, una experiencia árida y agotadora, en la que se sufre la carencia de agua y de alimentos, y que provoca que el pueblo añore las cebollas de Egipto. Este pueblo es imagen de la Iglesia, que también peregrina por la historia de la humanidad y que pasa por momentos de crisis y dificultad. Una Iglesia llamada a estar en camino hacia la meta definitiva, hacia la plenitud del reino; que no puede quedar estática en el recuerdo de otros tiempos que pueden parecer mejores, pero que también tuvieron sus luchas y conflictos.

Un pueblo necesitado del alimento y de la bebida espiritual que le ayude a cobrar fuerzas para no desfallecer en el camino. Y que para ello requiere la asistencia de sacerdotes que, actuando en nombre de Cristo, nuestra roca, preparen el banquete pascual y distribuyan el pan de la palabra y de la eucaristía.

El pueblo de Israel no agradó a Dios y muchos de sus miembros perecieron en el desierto. Murmuraron contra un Dios que parecía que los había sacado de Egipto para dejarlos morir, desearon vivir en la esclavitud, antes que gozar de la libertad de los hijos de Dios. No fueron obedientes para caminar en esperanza confiando en la promesa que el Señor les había hecho por medio de su siervo

Moisés. Incapaces de convertirse, sucumbieron a tantas tentaciones y no alcanzaron la tierra nueva.

Siervos de un Dios paciente para nuestra conversión

El Señor Jesús nos llama a la conversión en el evangelio que hoy hemos escuchado. No podemos caer en el error de tantos de sus contemporáneos que, viendo la desgracia en otros —los galileos condenados por Pilato o los que fueron víctimas del derrumbamiento de la torre de Siloé— pensaban que ellos estaban salvados por no haber sufrido el mismo destino. En absoluto, el Señor los llama a ellos y a nosotros a la conversión. De lo contrario, todos pereceremos igual. La conversión pasa por la búsqueda de la voluntad de Dios en nuestra vida. No podemos vivir como discípulos de Jesús sin estar dispuestos a escuchar las llamadas que el Señor nos pueda realizar. Eso implica también estar atentos a que Jesús pueda pedirnos una entrega total y una especial consagración al servicio de su Iglesia.

La imagen de la higuera estéril nos habla de una Iglesia que no produce vocaciones, que parece que sus frutos van menguando o son apenas inexistentes. Podríamos caer en el desánimo o en la desesperanza, pensar incluso que hemos de cortar este árbol inútil. Pero no somos los propietarios de ese árbol y hemos de tener la esperanza de que vuelva a fructificar. El Señor de la viña nos pide que cavemos y alimentemos ese árbol con el ánimo y la seguridad de que Dios puede hacerlo fecundo y dar frutos abundantes.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado,

de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Elevemos nuestras peticiones a Dios nuestro Padre, siguiendo el mandato de Jesús de pedir al dueño de la mies que envíe operarios a su mies.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia, que ha recibido de Cristo la misión de reconciliar, para que sea fermento de unidad y de paz. Roguemos al Señor.
2. Por nuestro mundo dividido por el odio, las guerras y otros factores que separan a unos hombres de otros, para que sea posible la paz, fruto de la justicia y del amor fraterno. Roguemos al Señor.
3. Por todas las comunidades cristianas, para que en ellas se pueda vivir y agradecer la vocación recibida de cada uno de sus miembros para el bien común. Roguemos al Señor.
4. Por los sacerdotes, para que se sientan cuidados y acompañados por todo el pueblo de Dios al que sirven, estimulando así la fidelidad a la vocación recibida. Roguemos al Señor.
5. Por todos los sacerdotes que han sido mediación en nuestra vida de fe para recibir la gracia por medio de la predicación, los sacramentos y la caridad pastoral, y por los que hoy nos

acompañan en el día a día en el quehacer de nuestras parroquias y comunidades, para que el Señor les llene el corazón de gozo y de paz. Roguemos al Señor.

6. Por todos los seminaristas y sus formadores, para que dispongan el corazón para dejarse formar según el corazón de Cristo. Roguemos al Señor.

7. Por todos los sacerdotes difuntos, especialmente los que han servido a esta parroquia. Para que el Señor les dé la plenitud de la vida que han predicado y esperado. Roguemos al Señor.

8. Por nosotros, que nos reconocemos pecadores y nos acogemos a la misericordia y al perdón de Dios, para que valoremos el sacramento de la penitencia y nos dispongamos a celebrar nuestra reconciliación en Cristo. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

TÚ, Señor,
**que sabes de la necesidad que tenemos de los sacerdotes,
no dejes de hacer sentir tu voz en el corazón de los jóvenes
para que busquen tu voluntad, y la vivan gozosos.**

Junta las manos.

Por Jesucristo nuestro Señor.

R̄. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Perdónanos nuestras culpas (CLN, 115) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

ALIMENTADOS ya en la tierra con el pan del cielo,
aprenda de eterna salvación,
te suplicamos, Señor, que se haga realidad en nuestra vida
lo que hemos recibido en este sacramento.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Te pedimos, Señor, que dirijas los corazones de tus fieles
y les concedas benigno la gracia
de permanecer firmes en el amor a ti y al prójimo,
y de cumplir plenamente tus mandamientos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**Anunciad el Evangelio del Señor.
Podéis ir en paz.**

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española